

ATAQUE A IRÁN

La ilusión de que la guerra crea un mundo mejor

INTERNACIONAL

02_03_2026



**Riccardo
Cascioli**



“La violencia nunca es la opción correcta”, ha advertido ayer el Papa León XIV, durante su visita a una parroquia romana, refiriéndose al ataque contra Irán. Y poco antes, en el Ángelus, ha asegurado que “la estabilidad y la paz no se construyen con amenazas mutuas, ni con armas, que siembran destrucción, dolor y muerte, sino solo a través del diálogo razonable, auténtico y responsable”.

No se trata del típico sermón moralista de un Papa que hace su trabajo, sino de una profunda conciencia de la realidad. La guerra nunca ha proporcionado una paz verdadera, solo ha empeorado la situación. Basta con permanecer en la región de Oriente Medio para tener una prueba irrefutable: desde la primera guerra del Golfo en adelante, ha habido una sucesión de guerras y destrucción que sólo han traído más violencia, muertes y desestabilización.

Como ya recordábamos el sábado, los asesinatos de Gadafi y Sadam y la expulsión de Assad han empeorado claramente la situación en Libia, Irak y Siria. Así como la realidad se encargó de desmentir al entonces presidente estadounidense Barack Obama, quien comentó el asesinato, el 2 de mayo de 2011, del líder de Al Qaeda, Osama Bin Laden, afirmando triunfalmente que “ahora el mundo es un lugar más seguro”. En cambio, estos quince años han sido testigos de un enorme empeoramiento de la inseguridad, incluido el auge del ISIS y la expansión del fenómeno del yihadismo.

El mundo solo se vuelve más seguro si se respeta el orden natural, el orden querido por Dios, donde la sacralidad de la vida y el respeto por la dignidad de la persona —de toda persona— son la piedra angular.

Netanyahu habló ayer de “una guerra que pone fin a la era de las guerras”, pero eso es una pura ilusión, incluso si nos limitamos al Oriente Medio: no solo porque aún está por ver cómo evoluciona la situación en Irán o porque los intereses políticos y estratégicos de los distintos países pueden cambiar rápidamente el juego de las alianzas (como siempre ha ocurrido), sino también porque subestima enormemente el “factor odio” que años de guerra y violencia de todo tipo han incrementado considerablemente en las poblaciones de la región, y no solo entre los palestinos. Y el odio es un combustible tremendo capaz de encender la guerra en cualquier momento.

No hay simpatía por el régimen iraní de los ayatolás, ni lamentos por la muerte de un tirano feroz, pero pensar que su salida de escena marcará el inicio necesariamente a una transición hacia la democracia es, en el mejor de los casos, de una ingenuidad desarmante o el resultado de una ceguera ideológica. Y, desde luego, quienes la han

provocado no lo creen así. El objetivo es, en cambio, un gobierno que entre en la órbita occidental, ya sea democrático o dictatorial. Al fin y al cabo, también era una dictadura la del Sha de Persia, derrocado en favor de la República Islámica.

Porque, contrariamente a lo que se quiere hacer creer con la propaganda, en el mundo no hay una lucha entre democracias y dictaduras. En cambio, hay guerras para definir las respectivas zonas de influencia entre potencias regionales y mundiales. La caída de Assad en Siria no servía para establecer la democracia y respetar la libertad religiosa, sino para eliminar a un aliado de Rusia e Irán, así como a un “competidor” de Israel. Tanto es así que los países occidentales han legitimado escandalosamente a un nuevo gobierno claramente yihadista.

Si fuera el índice de democratización el que dictase la agenda, Arabia Saudí —que, a pesar de las recientes reformas, sigue siendo una dictadura brutal— no podría ser el aliado más importante de Occidente en la región. Y si realmente se quisiera golpear en primer lugar a los financiadores del yihadismo antioccidental (y también antiisraelí), habría que empezar por Qatar, que en cambio goza del estatus de “principal aliado no miembro de la OTAN” y es sede de la principal base estadounidense en la región. Y podríamos dar muchos más ejemplos.

Sin lugar a dudas, hay que apoyar la lucha por la libertad en Irán, la protesta de los estudiantes y las mujeres, pero precisamente como pasión por el respeto a la vida y la dignidad humana. Lo que estamos presenciando, en cambio, es un uso instrumental del sufrimiento del pueblo iraní para justificar todo otro tipo de intereses, ante los que —si fuera necesario— se podría sacrificar tranquilamente incluso la libertad y la democracia.